

labra de Dios podrá ser despreciada, ultrajada, sofocada por el momento, amordazados los labios de sus ministros; pero ella triunfará en su día, porque es la verdad y la justicia, y el mal y la mentira no pueden prevalecer eternamente. ¡Quiera Dios, hermanos míos, que triunfe primero en cada uno de vosotros esa palabra de vida eterna, porque esa victoria singular significaría la obtenida sobre las pasiones y vicios con las armas de la virtud en el campo de vuestro corazón, y ella os auguraría la final victoria, á que está vinculada la eterna salvación! Así sea.

## CONFERENCIAS CUADRAGESIMALES.

### Segunda Serie.

#### EL PECADO.

(Predicadas en Medellín, 1894.)

### PRIMERA CONFERENCIA.

#### Criterio del Pecado.

Revertimini, revertimini ad iudicium.

Volved, volved sobre vuestros juicios.

Dan. 13, 49.

1. Si no conociera bien la índole de este respetable auditorio, compuesto esencialmente de personas cristianas, que buscan en el retiro espiritual el medio más adecuado para llenar sus grandes deberes religiosos en estos días santos; no me atrevería ciertamente á proponer la materia que, sin embargo, he juzgado no sólo la más útil, sino la más necesaria y hasta la más oportuna en las presentes circunstancias; no osaría hablaros directamente del pecado. Si, al congregaros en este

santo templo para escuchar religiosamente, no ya la palabra del orador ilustrado y brillante, sino la palabra de Dios interpretada por los labios más ó menos elocuentes del sacerdote católico, no tuvierais en mira, como sé que lo tenéis, el disponer vuestros corazones al arrepentimiento sobrenatural de vuestras faltas, para deponerlas á los pies del tribunal de la penitencia, todo con el fin de obtener de Dios el perdón de ellas y acercaros después, tranquilos de conciencia, al banquete sagrado de la Eucaristía; si así no fuera, señores, no habría necesidad de exponeros consideraciones directamente ordenadas á la detestación seria y profunda del pecado, condición, como ninguno de vosotros ignora, absolutamente indispensable, lo mismo que el propósito de la enmienda, para obtener el perdón y la gracia apetecida, es decir, el fruto principal y preciosísimo de estos espirituales ejercicios. Trátase, hermanos míos, en definitiva, de volver á Dios, escuchando dócilmente la exhortación maternal de la Iglesia: *Redite, prevaricatores, ad cor*<sup>1</sup>: Volved á entrar en vuestros corazones los que habéis prevaricado de la santa Ley de Dios. Mas para esto es necesario entrar en cuenta con nosotros mismos, y pesar en la balanza de nuestra propia razón, iluminada por la fe, la gravedad y muchedumbre de nuestras prevaricaciones, juzgar con recto y seguro criterio acerca de la malicia que encierran estos actos que en el lenguaje cristiano y común llamamos pecados, refiriéndonos especialmente á los mortales, uno solo de los cuales, según la doctrina católica, da la muerte al alma y, despojando al hombre de la amistad de Dios, le excluye eternamente de la gloria. Para este objeto

<sup>1</sup> Is. 46, 8.

la misma Iglesia nos invita con las palabras de un Profeta á volver sobre nuestros juicios<sup>1</sup>, de los cuales infaliblemente depende la vuelta sobre nuestros pasos; como quiera que el juicio que hacemos de las cosas, es la regla práctica de nuestras acciones. ¿Por qué así nos exhorta? Porque, desgraciadamente, no todos juzgan acerca de este punto con la rectitud que debieran, no todos, aun entre los mismos creyentes, hacen el debido concepto del pecado. ¿Qué extraño, pues, que difícilmente se arrepientan de veras, aun cuando se arrojen compungidos, para acusarse de sus culpas, á los pies del confesor?

2. Comprendo, señores, que median gravísimas y casi insuperables dificultades para la verdadera conversión del pecador, la cual sería realmente imposible para nosotros, si no contáramos con el auxilio omnipotente de la gracia. Dificultades nos oponen nuestra extrema debilidad para practicar el bien, y hasta para apartarnos del mal: hay en nosotros mismos una ley, como lo experimentaba el Apóstol, que nos sujeta y esclaviza bajo el yugo del pecado<sup>2</sup>. Dificultades nos ofrece la disipación ordinaria del espíritu, imposible de evitarse en el tráfigo de las ocupaciones de la vida; dificultades el respeto humano, las preocupaciones mundanas y mil otras causas que no es del caso enumerar. Pero, tal vez ninguna dificultad mayor que la falsa apreciación ó el concepto erróneo del pecado, fundado en las vanas y corrientes opiniones de la mayoría de los hombres, ó sea, el criterio falseado en materia de tanta transcendencia para la salvación. Á rectificar este concepto se dirige esta exhortación ó conferencia familiar, en la cual

<sup>1</sup> Dan. 1. c.

<sup>2</sup> Rom. 7, 23.

quiero ponerlos á la vista, de un lado, el criterio del mundo, y, de otro, el de la fe. Es preciso, cristianos, rever y examinar las balanzas en que se pesa el pecado, á fin de ajustarlas y reformar las que se hallaren faltas.

### I.

3. Expongamos, primero, el criterio mundano ó la opinión del mundo acerca del pecado. Desde luego, dícese: «No es éste un mal tan grave, una desgracia tan horrible que deba llorarse, como pretenden los ascéticos, con lágrimas de sangre.» He aquí, pues, lo primero que se advierte, hermanos míos, en este modo de ver y apreciar el pecado (aun el reconocido por mortal) que corre por el mundo; una mal entendida indulgencia. El mundo aplica la tolerancia y la benignidad, de suyo tan laudable, no ya á la persona del culpado, sino á su delito; y aquí está el error y la equivocación lamentable. La indulgencia está bien para el delincuente, mas no para el delito. Es preciso juzgarlo tal como es, á la luz de la ley y de la recta razón; y, por lo que hace al delito teológico, al pecado, á la luz de la fe y del evangelio. ¿Qué hace generalmente el mundo? Juzgar de la gravedad del pecado, no por esta norma, sino por otras ideas ó principios arbitrarios, tales como el uso, la costumbre, los efectos exteriores, etc. Por eso discurre de esta suerte: «Si el pecado fuese tan malo como se pretende, ¿sería cosa tan corriente? ¿quién hace mayor caso de un pecado? Si tanta fuera su malicia, ¿no serían también más visibles sus estragos? Hay sin duda exageración de parte de los predicadores, suponiéndoles en todo caso buena fe y muy loables intenciones. Puede suceder también que entre por mucho en sus sermones el artificio oratorio, el deseo de pro-

ducir honda impresión en los oyentes... Y finalmente, ellos tienen que obedecer á su consigna, ser fieles á sus tradiciones...» ¿No es verdad que así se expresan ó, por lo menos, así piensan muchas personas de las que el Evangelio llama prudentes del siglo? Por lo menos, tal es el juicio práctico que parece han debido formarse de la malicia del pecado aquellas almas que, aceptando en teoría sin restricción ninguna todo el dogma y toda la moral cristiana, muéstranse nada escrupulosas en sus costumbres, si ya no llevan una vida que ultraje á la moral.

4. En efecto, si para probarlo quisiéramos clasificar la turbamulta de los pecadores habituales que pueblan nuestras filas, podríamos dividirlos en dos clases. Formarían la primera aquellos desgraciados que, dando rienda suelta á sus desarregladas pasiones, y aprovechando, para satisfacerlas, cuantas ocasiones se les vienen á las manos, sacudido de una vez el yugo del temor de Dios<sup>1</sup>, tropiezan aquí y allí, acumulando pecados á pecados sin cuento y casi sin remordimiento de conciencia. Á éstos conmina Dios, como en otro tiempo á los judíos por boca de Isaías: «¡Ay de vosotros, desertores de mi Ley, que con vuestros consejos y planes contrarios á mi voluntad, añadís un pecado á otro pecado!»<sup>2</sup> Á esta clase pertenecen los grandes pecadores, aquellos cuya vida es un tejido de graves infracciones de la Ley divina, ya en el pensamiento, ya en la acción, ya en las palabras; los que con verdad pueden decir, golpeándose el pecho: *Quia peccavi nimis ... mea culpa, mea maxima culpa*<sup>3</sup>. ¡Pluguiese

<sup>1</sup> Confregisti iugum... (Ier. 2, 20.)      <sup>2</sup> Is. 30, 1.

<sup>3</sup> Eccl. in confess. gen.

á Dios que no fuera tan crecido el número de estos pecadores, como lo es el de sus pecados, los cuales, como decía el Profeta David, *sobrepujan el número de los cabellos de la cabeza*<sup>1</sup>! Porque, desengañémonos, cristianos; para acumular pecados en la conciencia, no es preciso ser de la condición de los que el mundo llama criminales, basta ser esclavo de una ó más pasiones pecaminosas, de la lujuria, de la codicia, de la envidia ó cualquiera otra; porque bajo el imperio de estos hábitos que emponzoñan el corazón, ¿qué pensamiento, qué deseo, qué acción no se contamina? De ahí nacen innumerables y gravísimas caídas, si no siempre de obra, muchas veces de palabra, y más todavía de pensamientos y afectos criminales. Ahora bien, los que así viven, que son tantos, por desgracia, en el seno mismo de la Iglesia católica, decidme, ¿qué concepto, á lo menos práctico, tienen del pecado? ¿piensan siquiera alguna vez en su malicia? ¿se preocupan poco ni mucho con la enorme responsabilidad que les aparece ante Dios? Almas enteramente disipadas, engolfadas totalmente en los negocios ó pasatiempos de la vida, bien puede asegurarse que no se dan cuenta de sus propios actos buenos ó malos, arrastrados por el torbellino del mundo día tras día, probablemente hasta la muerte.

5. Dejados éstos, pasaríamos á interrogar sobre el criterio del pecado á los que forman la segunda clase, no sé si más numerosa aún que la primera, pues componenla todos aquellos que viven en continua alternativa, cayendo y levantando, á quienes pudiéramos reconvenir con las palabras del Profeta Elías: *¿Hasta cuándo andáis cojeando á una y otra parte? Si el Señor es vuestro*

<sup>1</sup> Ps. 39, 13.

*Dios, seguidlo resueltamente; y, si Baal, seguid á éste*<sup>1</sup>. Si de veras, si por convicción de su gravedad, habéis abominado alguna vez, y quizás muchas, en ocasiones de retiro espiritual, infortunios, desengaños ú otras, del desorden de vuestras costumbres, si os habéis convertido sinceramente á Dios; ¿por qué desertáis cobardemente, del partido que abrazasteis? *Usquequo claudicatis in duas partes?* Estos tales, si se quiere, más débiles que empecinados en el vicio, pecan siempre con algún temor, que ¡ojalá fuese suficiente para contenerlos al borde del peligro! Experimentan en seguida el aguijón del remordimiento que los impele á levantarse de sus caídas, y los sostiene á lo menos por algunas temporadas en la práctica de la virtud. Pero, de seguro, debe de ser errado el criterio con que miden estas almas, débiles y superficiales al mismo tiempo que temerarias y atrevidas, la gravedad de la culpa mortal, que, á ser verdaderamente ilustrado y recto, les imprimiría la fuerza necesaria para triunfar de una vez para siempre de sus debilidades y miserias. De creer es que no se han penetrado jamás de la idea que nos representa al pecado como mal sumo, digno de aborrecimiento infinito, y para cuya destrucción en nuestra alma debiéramos apurar todas nuestras supremas energías. Juzgan, pues, poco más á menos como los primeros, que el pecado no es mal tan grave ni de tan funestas y transcendentales consecuencias. Tal es, en resumen, el falso criterio del mundo, esto es, de los pecadores, en punto á la gravedad del pecado.

6. Pero hay otro yerro, tal vez más peligroso, en el modo de apreciar el mundo la malicia del desorden

<sup>1</sup> 3 Reg. 18, 21.

moral. Porque, no solamente lo atenúa cuanto puede, lo disculpa con mal aconsejada lenidad, sino que, en el caso de reprocharlo y condenarlo, hácelo guiado por consideraciones de menor monta, por motivos de orden natural, que son casi los únicos que el hombre mundano es capaz de valorar. Condena el pecado (más bien el vicio, repugnante á todas luces), no por lo que es en sí, contravención de la ley divina, ofensa del Criador, menosprecio de Dios, sino por los males que aparece al vicioso y á la sociedad, por la fealdad que le acompaña, por el desdoro que le sigue. De ahí que el criterio del mundo respecto del pecado no sea nunca exacto, si ya no es de todo punto equivocado. Por grave que sea un delito ante la ley y ante la sociedad, por los males gravísimos que acarrea al individuo y á la especie humana, toda esa malicia es poca cosa, señores, en comparación de aquella otra que lleva consigo cualquier pecado mortal, es decir, cualquier infracción de algún mandamiento divino ó humano en materia grave, delante de la Justicia Eterna, tan sólo por ser ofensa de un Dios de majestad infinita<sup>1</sup>. Esto es lo verdaderamente grave, esto es lo aterrador en el pecado, y es lo que la opinión del mundo apenas alcanza á comprender, lo que apenas pesa en su balanza infiel.

Pasemos ahora á exponer el verdadero criterio acerca del pecado, esto es, el criterio de la fe.

## II.

7. ¡De cuán distinto modo aprecia la razón cristiana, iluminada por la fe, la gravedad del pecado, la cual

<sup>1</sup> Tibi soli peccavi, et malum coram te feci (Ps. 50, 6).

no vacila en calificar de infinita! Detengámonos, hermanos míos, á examinar este criterio, que, naturalmente, en fuerza de nuestra profesión de católicos, debemos adoptar. Y, para mejor conocerlo, veamos primero cuál es el lenguaje expreso y terminante de los sagrados libros del Antiguo y del Nuevo Testamento; ó, por mejor decir, veamos cómo califica Dios mismo el pecado mortal. Nada más frecuente en los Profetas y en los Salmos que el dictado de iniquidad atribuído al pecado en general, ya de obra, ya de palabra. *Obreros de iniquidad*, son llamados allí los pecadores<sup>1</sup>. *Hablarán y propalarán la iniquidad*, dice David<sup>2</sup>. *Conozco ya, Señor, mi iniquidad*, exclamaba él mismo, compungido, en el famoso salmo *Miserere, y mi pecado está siempre delante de mis ojos*<sup>3</sup>. Y no creáis, señores, que aludiese á uno de esos delitos enormes que hacen espeluznar los cabellos y levantar un grito de indignación general; porque, si bien fueron grandes los extravíos á que arrastró á aquel hombre célebre un momento de pasión, tales como el adulterio y la muerte del generoso Urías; ¡cuántos hay, dice San Ambrosio, que, habiendo excedido á David en los crímenes, están muy lejos de poseer sus sentimientos de penitencia!<sup>4</sup> ¡Cuántos que, juzgando por el criterio del mundo, hallarían hasta cierto punto disculpables aquellas mismas caídas! Y notad que en el lenguaje de la Sagrada Escritura las palabras *iniquidad* y *pecado* son sinónimas y de una misma fuerza, como se desprende de muchos pasajes, v. gr. de esta confesión en varios lugares repetida: *Hemos pecado, hemos obrado la iniquidad y la*

<sup>1</sup> Ps. passim; Luc. 13, 27.      <sup>2</sup> Ps. 93, 4.

<sup>3</sup> Ps. 50, 5.      <sup>4</sup> Apol. Dav. I, cap. 2.

*injusticia*<sup>1</sup>. *Nuestras iniquidades y nuestros pecados pesan sobre nosotros*, decía también el Profeta Ezequiel<sup>2</sup>. *Vuestras iniquidades*, decía Isaías al pueblo pecador, *han causado división entre Dios y vosotros*<sup>3</sup>. Iniquidad se llama la hipocresía y la rapiña, como consta de las agrias reprensiones de Jesucristo á los fariseos<sup>4</sup>; iniquidades son, según el lenguaje del Apóstol San Pablo, la malicia, la fornicación, la avaricia<sup>5</sup> y todos los vicios de que estaban repletos los paganos. Y, si tal cosa es el pecado, nada tiene de extraño que aquel Dios de infinita santidad lo aborrezca de corazón, como ama la justicia, según dice el Profeta: *Amaste, Señor, la justicia, y aborreciste la iniquidad*<sup>6</sup>. Y en otro salmo: *No eres tú un Dios que quiera la iniquidad, ni dejarás al malvado habitar junto á ti, ni permanecerán los injustos pecadores delante de tus ojos*<sup>7</sup>. Al contrario, *aborreciste á todos los que obran la iniquidad*<sup>8</sup>. *El Dios de los judíos*, decía la santa Judit, *aborrece la iniquidad*<sup>9</sup>.

8. Y, como si esto no bastara, ahí están los dictados de delito, crimen y otros no menos fuertes aplicados por la palabra divina al pecado en general. *Sé*, dice Dios por el Profeta Amós, *y tengo bien conocidos vuestros muchos crímenes y enormes pecados*<sup>10</sup>. Pero más expresivo es todavía, á lo que parece, el nombre que se le da de execración y abominación, sin duda para denotar cuán execrable y abominable es para Dios la culpa que el mundo ciego juzga leve y de poco mo-

<sup>1</sup> 3 Reg. 8, 47.    <sup>2</sup> Par. 6, 37.    Bar. 2, 12. etc.

<sup>2</sup> Ez. 33, 10.      <sup>3</sup> Is. 59, 2.

<sup>4</sup> Matth. cap. 23.    Luc. cap. 11.      <sup>5</sup> Rom. 1, 29.

<sup>6</sup> Ps. 44, 8.      <sup>7</sup> Ps. 5, 5.      <sup>8</sup> Ibid. vers. 8.

<sup>9</sup> Iudit 5, 21.      <sup>10</sup> Am. 5, 12.

mento. Pesad, señores, la fuerza de estas expresiones, y tened presente que Dios no exagera cuando da nombre á las cosas. *De execración y mentira serán acusados públicamente los pecadores en el día de la consumación*, esto es, en aquel día extremo en que brillará la indignación del cielo, y *de allí en adelante desaparecerán*<sup>1</sup>. Así habla el Profeta David. Y el historiador sagrado atestigua que los malos israelitas *provaron á Dios con la idolatría, y con sus abominaciones lo excitaron á ira*<sup>2</sup>. Hijo del hombre, decía Dios al Profeta Ezequiel, *dáale á conocer á Jerusalén sus abominaciones*<sup>3</sup>. De tales califica especialmente la Escritura á los pecados verdaderamente abominables á que se entregaban los pueblos gentiles en el inmundo culto de sus falsas divinidades<sup>4</sup>. Pero ¡oh cristianos! ¿por ventura no se han visto y no se ven aun el día de hoy iguales excesos en medio de los pueblos cristianos, mayormente en aquellos que ya no conservan de tales más que el nombre? Y ¡cuántos hombres no se han hecho, como decía David, abominables en sus deseos<sup>5</sup>! Concíbese fácilmente que tales abominaciones, ó sean los pecados de los hombres, produzcan en el Dios infinitamente santo y pureza por esencia, un efecto semejante al horror y al asco que causa en nosotros la sensación de objetos inmundos. Por eso en la Escritura se designa el pecado con el nombre de inmundicia y podredumbre. Véanse estos pasajes proféticos: *Por razón de su inmundicia la tierra será devastada con horrible putrefacción*<sup>6</sup>. El Sumo Sacerdote, como quien lleva el peso de los pecados de todo el pueblo, iba

<sup>1</sup> Ps. 58, 13, 14.<sup>2</sup> Deut. 32, 16.<sup>3</sup> Ez. 13, 2.<sup>4</sup> Deut. 13, 14 et passim.<sup>5</sup> Ps. 13, 1.<sup>6</sup> Mich. 2, 10.

*cubierto de vestiduras manchadas*<sup>1</sup>. El mismo Jesucristo, Hijo de Dios, como verdadero Salvador del género humano, quiso aparecer en su Pasión afeado con inmundas salivas y manchado con su propia sangre, para lavar con las manchas de su rostro los horrores de tantos crímenes nefandos. David clamaba al Señor en medio de su arrepentimiento, aun después de perdonado: *Lávame más de mi iniquidad, y límpiame de mi pecado*<sup>2</sup>. Y confiaba ser oído, cuando decía: *Me rociarás con el hisopo, y seré limpio; lavarásme, y quedaré más blanco que la nieve*<sup>3</sup>. ¡Qué mancha, pues, tan indeleble, y qué suciedad la de la culpa, según el concepto que de ella hacen los Sagrados Libros! Continuando este estudio veríais como se llama también el pecado *amargura, yugo, esclavitud, aflicción, noche, tinieblas, obras de confusión, de muerte y del demonio, escoria vil*; y tantos otros epítetos se le dan, que bien á las claras nos descubren el criterio divino acerca del pecado, criterio harto diferente de aquel con que solemos nosotros juzgarle, cegados por la ignorancia y la pasión.

9. Ni es otro el lenguaje de los santos antiguos y modernos. Ni ¿cómo podría serlo, si los varones distinguidos por la santidad y maestros de toda virtud entre los hombres, no han bebido en otra fuente la sabiduría sino en los puros manantiales de la verdad revelada? ¿Dónde aprendieron los santos aquella admirable inocencia de costumbres, ó bien conservada desde la infancia, ó bien recobrada con la penitencia, sino en la escuela de las Sagradas Letras? Pues, así como la vida de los santos es una solemne condenación

<sup>1</sup> Zach. 3, 3.<sup>2</sup> Ps. 50, 4.<sup>3</sup> Ps. 50, 9.

de los desórdenes del mundo, así sus obras y escritos ponen de manifiesto el criterio verdaderamente cristiano respecto del pecado. Abrid esas páginas admirables, escritas más que con el ingenio y las luces del saber humano, con la inspiración del Espíritu Santo y el celo de la caridad que movía la pluma de sus piadosos escritores; y allí veréis recopilado, ó más bien, copiosísimamente explicado cuanto puede pensarse y decirse sobre los motivos de aborrecimiento y dolor que el pecado encierra, sobre los efectos que produce, sobre los castigos que se merece, sobre cuanto conduce á extirparlo del corazón humano. Allí se le pinta de mano maestra con vivísimo colorido, con espantables rasgos como de monstruo de la creación, hidra infernal, engendro del abismo. Y nada de esto os parecerá exageración, si atentamente meditáis en la soledad del retiro sobre la verdad del fondo insondable de malicia que incluye ese acto detestable que llamamos pecado. Vosotros convendríais entonces con los Padres y Doctores de la Iglesia, con los escritores ascéticos de todos los siglos y naciones, con los famosos oradores sagrados desde San Juan Crisóstomo hasta el ilustre orador de Nuestra Señora de París, el Padre Monsabré; en fin, con cuantos poseen en alto grado el espíritu del cristianismo, en que el pecado es el mal por antonomasia, el sumo mal, la infinita miseria, en cuya comparación son nada todos los otros males de la vida, y aun el mismo infierno es menor mal, considerado en razón de pena, exclusión hecha del pecado, que es, sin embargo, su esencia<sup>1</sup>.

10. Pero aun mejor que las palabras declaran el sentir de los santos en esta materia sus obras y conducta.

<sup>1</sup> Tob. 10, 22.

Observad, cristianos, que no hay en la historia un solo santo que no haya empezado su carrera de santidad por donde la empezó San Ignacio de Loyola, por asentar en su corazón esta base de odio acérrimo al pecado. El célebre autor de los Ejercicios Espirituales y maestro de la perfección cristiana, no escribió documento que primero no hubiese experimentado en sí mismo. Y bien sabéis que el primer paso que él señala en el camino espiritual, es el aborrecimiento de la culpa. En esto consiste el *apartarse del mal*, condición indispensable para *practicar el bien y hallar la paz*, según el consejo del Profeta<sup>1</sup>, que adopta San Ignacio. Inútil es cualquier ejercicio de virtud para quien no está bien fundado en este primero de la detestación eficaz y práctica del pecado mortal. Las virtudes más brillantes y, al parecer, más sólidas y excelentes, lo mismo que los más egregios dones del corazón y del espíritu, y las obras más gloriosas á los ojos de los hombres, no sólo valen poca cosa, sino que pueden reputarse por nada sin la perfecta pureza del alma, la cual no puede siquiera concebirse sin haber arrojado de sí con todas las veras del corazón el veneno del pecado. Y ¿á qué mortificaciones no se condenaron los santos para alcanzar este grado de fuerza de corazón y de sentidos? Mas ¿qué digo, mortificación? ¿qué martirios no sufrieron á trueque de conservar la inocencia y no contaminarse con la culpa? Prefirieron al pecado la muerte entre tormentos, como lo hizo puntualmente el valeroso anciano Eleazar, inmortalizando su nombre en la memoria de los buenos<sup>2</sup>.

11. Aquí tenéis, señores, á la vista el doble criterio que me propuse exponer. Ahora le toca á la recta

<sup>1</sup> Ps. 33, 15.

<sup>2</sup> Mach. 6, 28.

razón, ó, simplemente, al buen sentido, resolver de parte de cuál está la verdad. ¿Podrá dudarse de la veracidad del criterio cristiano, que es del mismo Jesucristo? Y, si éste no puede errar por ser la verdad suma, la bondad y santidad misma, ¿no es lógico deducir que yerra el mundo, y su criterio acerca del pecado es mentiroso? Bastaría para presumirlo advertir que el juicio de los pecadores en orden al pecado no puede ser el dictamen de la razón imparcial, sino el del corazón depravado por las pasiones. Si hasta aquí, pues, hemos opinado como el mundo, tiempo es ya de rectificar nuestro errado concepto, para no tener que hacerlo más tarde sin provecho. Digamos hoy mismo: *Erravimus a via veritatis*<sup>1</sup>, y no será poco lo que con sólo esto habremos avanzado en el camino de la santificación. Así sea.

## SEGUNDA CONFERENCIA.

### El Pecado ante Dios.

Malum coram te feci.  
Hice mal en tu presencia.

Ps. 50, 5.

1. Expuesto ya, señores, en la anterior conferencia el criterio divino acerca del pecado, pasemos hoy á justificarlo, exponiendo cuán conforme es con el dictamen de la recta razón. Á nosotros que, á fuer de creyentes, respetamos la autoridad de la Sagrada Escritura como palabra infalible de Dios, y la doctrina de la Iglesia como la doctrina verdadera de Jesucristo, nos bastaría ciertamente lo que dejamos expuesto y meditado para formar ó reformar nuestro juicio acerca

<sup>1</sup> Sap. 5, 6.

de la gravedad y malicia del pecado mortal. Un cristiano no pensará jamás acerca de este punto de otro modo que como piensan y se explican á una voz la Iglesia, la Escritura y los santos. Conviene, no obstante, justificar, como decía el Profeta David, la palabra de Dios: *ut iustificeris in sermonibus tuis*<sup>1</sup>. Para esto basta consultar imparcialmente nuestra propia razón natural, escuchar su dictamen y, bien considerado el asunto, pronunciar con sinceridad el fallo que condena los falsos juicios de la mayor parte de los hombres, exclamando: «Justo eres, Señor, y tu juicio es recto y verdadero: al imponernos tus mandamientos, no haces más que obrar conforme á justicia.»<sup>2</sup> Por ardua que sea la observancia de los divinos preceptos, dada la flaqueza de nuestra voluntad para el bien, es preciso reconocer y confesar que la ley divina, natural y positiva es justa: *Mandasti iustitiam testimonia tua*; y que, por consiguiente, su infracción el pecado, es lesión de la justicia, es iniquidad, es mal gravísimo y sobre todos detestable. Es preciso que el pecador, confuso y arrepentido, exclame delante del trono del Dios misericordioso: *Pequé, Señor, contra ti solo, é hice el mal en tu presencia: Malum coram te feci*<sup>3</sup>. ¡El mal! sí, señores, el mal sin añadidura, el verdadero y único mal; porque, como vamos á considerar, es el mal *delante de Dios*, es la contraposición del bien, del sumo Bien, que no es otro que Dios mismo.

2. El pecado, dice un célebre orador sagrado<sup>4</sup>, es lo que en Lógica se llama contradictorio, con relación á Dios: lo niega, lo destruye, pero no como quiera,

<sup>1</sup> Ps. 50, 50.

<sup>2</sup> Ps. 118, 137 y 138.

<sup>3</sup> Ps. 50 l. c.

<sup>4</sup> Segneri, El cristiano instruído tom. II, disc. 6.